

Adentro contra mundo

Margarita Valencia

En algún momento en 1990 publiqué en la revista *El Malpensante* una columna en la que mencioné las circunstancias en las cuales había perdido la virginidad. Escribo esas palabras ahora, “perder la virginidad”, y me parecen tan ajenas como escribir “espero que te encuentres bien en compañía de todos los tuyos”. ¿Perder? ¿Los tuyos? Dudo mucho de que esas hayan sido mis palabras; pero estoy segura de que fueron las palabras que usó en su carta a la revista un hombre muy molesto conmigo (con la escritora): ¿por qué tenía que hablar de eso en público? Mario Jursich era el editor de la revista en ese momento, y publicó la carta en el número siguiente sin darme aviso. No sé qué hubiera hecho yo si me hubieran dado la posibilidad de replicar en ese momento. Seguramente nada. Pero el gesto de mi editor me pareció insolidario. Macho. Abandoné la revista.

Mi mamá habría estado de acuerdo con Jursich (y con el señor). A ella le parecía que yo escribía cosas que no se debían poner por escrito. Cuando terminé *Un rebaño de elefantes*, un libro que nació de las cartas que ella guardaba y que habla del cortejo de sus padres y de su infancia y adolescencia, le di una copia para que la leyera. “Muy bonito”, me dijo. “Pero eso no lo vas a publicar”.

Creí siempre que ese terror de mi mamá a dejar cosas por escrito se explicaba por su formación como abogada, pero cuando empecé a estudiar la recepción de los libros de Albalucía Ángel, a quien un periodista calificó en un titular de primera página como

“la desvirolada de Pereira”, me di cuenta de que el origen de su angustia era otro. Esa generación de mujeres, a quienes Simone de Beauvoir enseñó que la maternidad no es una gracia sino una servidumbre, y que llegaron a la mayoría de edad con la aparición de la píldora anticonceptiva, fue castigada y silenciada, en muchos casos brutalmente. Muchas de ellas eran brillantes, y estaban dispuestas a tomarse el mundo por asalto. Empezaron a ir masivamente a la universidad, invadieron el mercado laboral, decidieron dedicarse a escribir. Oí alguna vez una anécdota, seguramente apócrifa, pero absolutamente veraz. Una parienta mayor comentó que habría que quitarle la máquina de escribir a Helena Araújo, a ver si por fin se portaba como una mujer decente. Y en una entrevista que el crítico literario Raymond Williams hizo a Fanny Buitrago y a Albalucía en 1975 para un libro sobre escritoras latinoamericanas, las preguntas más relevantes fueron si Colombia era un país machista, si había feminismo en Colombia y si la fama de García Márquez era un verdadero obstáculo.

Así explica Joanna Russ el proceso de ignorar la literatura femenina:

La situación ideal sería una sociedad igualitaria en la que los miembros del grupo “equivocado” tienen la libertad de dedicarse a la literatura, pero no lo hacen. Eso demostraría que no pueden. Pero lo que sucede es que apenas tienen la más mínima libertad de hacerlo, lo hacen. El truco entonces consiste en hacer que esa libertad sea lo más nominal posible, y después –porque algunos insisten en

escribir — desarrollar una serie de estrategias para ignorar, condenar, o menospreciar las obras de arte que resulten de este ejercicio.¹

La lectura y la escritura fueron saberes excepcionales en Europa hasta bien entrado el siglo XVIII, casi siempre relacionados con la riqueza y la educación, o con un oficio.² Esta excepcionalidad se mantuvo en Colombia hasta bien entrado el siglo XX, y dada la escasez de muestras de escritura femenina, en las historias de la literatura y del pensamiento colombianos del siglo XX tendió a quedar establecida la idea de que las mujeres colombianas no escribían, o escribían muy poco. “Los motivos de la falta de participación de la mujer en la producción literaria del país son muy complejos y difíciles de precisar”, escribió Montserrat Ordóñez en 1995. “Están estrechamente relacionados con la historia de la misoginia en la literatura colombiana... El desprecio o el paternalismo de la crítica ha subvalorado los mundos y los temas a los que ella estaba antes reducida”.³

En el siglo XIX, los diarios y las cartas eran el espacio de escritura de las mujeres. Los hombres también escribían cartas y diarios, por supuesto, pero el espacio favorecido para las mujeres era ese. Investigadores como el francés Philippe Lejeune se dedicaron a rastrear estos diarios y leerlos. “La tarea de escribir los diarios era impuesta por razones morales y educativas”, nos explica Lejeune, “y la institutriz la supervisaba”. El profesor nos confiesa cándidamente que le cuesta trabajo leer estos diarios: “No puedo creer que la gente haya escrito esto en serio, o que los haya leído. En un momento de exasperación, pensé en un lenguaje formal estereotipado”.⁴

Lejeune no adjudica ningún valor literario a los cientos de diarios leídos, si bien se

entusiasma con “la progresiva liberación de estas jóvenes generalmente prometidas en matrimonio... y en busca de caminos más personalizados de autorrealización a través de la escritura o de actividades artísticas”.⁵ Pero el entusiasmo declina al constatar que “incluso cuando las jóvenes eran más independientes, la prudencia y las buenas maneras seguían siendo obligatorias. Para el lector no iniciado, las crónicas fácticas y los diarios espirituales siguen siendo relativamente opacos”.⁶

La observación irritada sobre el lenguaje formal (como si todas las formas de escritura no tuvieran exigencias formales), sobre la prudencia y las buenas maneras, sobre la opacidad del texto para un lector como él, me remite al estudio de Electa Arenal y Stacy Schlau sobre la prosa autobiográfica de las monjas novohispanas en el siglo XVII:

Las monjas escribieron sus Vidas desde una posición que era a la vez debilidad y fortaleza. Su fortaleza se derivaba de una larga tradición de mujeres religiosas que habían escrito y enseñado y se habían convertido en mártires o santas. La fortaleza provenía también de sus experiencias místicas (visionarias), de comunicación directa con Dios, la Virgen María y los santos. [...] El reconocimiento de su debilidad llevaba a practicar otras estratagemas: reconocer su ignorancia e incapacidad, señalar las omisiones presentes en sus escritos, la reclusión en espacios domésticos y estratagemas para obtener el permiso de “escribir”.⁷

Arenal y Schlau, dos mujeres, nos explican lo que Lejeune aparentemente es incapaz de entender: la posición desde la cual se escribe incide directamente en lo que se escribe. Esto es lo que está inscrito en el espacio social, escribió Josefina Ludmer en 1985: “[...] tocó a la mujer dolor y pasión contra



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

razón, concreto contra abstracto, adentro contra mundo, reproducción contra producción". Así que no basta con entender la posición desde la cual se escribe. También es relevante la posición desde la cual se lee, explica Ludmer: "Una posibilidad de romper el círculo que confirma la diferencia en lo socialmente diferenciado es postular una inversión: leer en el discurso femenino el pensamiento abstracto, la ciencia y la política, tal como se filtran en los resquicios de lo conocido".⁸

Hemos constatado en los últimos años que más que escasez de escritoras lo que tenemos es escasez de impresos. Están los archivos, los papeles privados, las cartas, los diarios, géneros marginales dentro de gé-

neros marginales, como los llama Carolina Alzate. Están las voces que nos van llegando a cuentagotas y que no nos llegaron milagrosamente, como diría el lugar común, sino que tuvieron un doliente que no las dejó apagarse, como es el caso de Francisca Josefa del Castillo y Darío Achury. Estos dolientes son, la mayoría de las veces, mujeres que guardan estos papeles, a veces amorosamente, a veces con descuido, a la espera de algo. Mujeres que encuentran en ellos una puerta de entrada a una tradición escritural que les está negada en otros espacios.

Escrituras íntimas o escrituras privadas: la insistencia en esta denominación sigue subrayando la subvaloración a la que se refirió

Montserrat Ordóñez e insinúa una división entre lo público y lo privado que en realidad no era tan tajante, tan inexpugnable.

La pintora Margarita Holguín y Caro, ella misma víctima del silencio, reunió en una edición privada, *Los Caro en Colombia*,⁹ muchos de los papeles de su familia: “Los papeles ... se publicaron en la esperanza de que los profundos sentimientos tan noblemente expresados en ellos sirvan de estímulo y de ejemplo a las nuevas generaciones descendientes de los Caros”. Entre los textos que aparecen en este libro se destacan el diario escrito por su madre a los dieciocho años, cuando se enamora de Carlos Holguín, y la correspondencia entre su abuela, Blasina Tovar, y su abuelo José Eusebio Caro.

Las escritoras de mi generación, como las de la generación anterior, tuvimos muy pocas predecesoras a quienes emular o destruir. Compartíamos con nuestros colegas la sensación de asfixia que caracterizó a esta “generación emboscada”, como la llamó Julio Daniel Chaparro. Muchas escribíamos crítica literaria, y unas pocas, columnas (ya hablamos de eso) y ensayos (un género donde se pueden eludir las marcas de género si queremos hacerlo). Aprendimos a sobrevivir en el mundo laboral comportándonos como hombres y entramos al mundo de la academia por la puerta que nos abrió la generación anterior. Empezaba el boom de la escritura académica, tan llena de fórmulas y de formalismos, tan castrante en sus exigencias, que no puedo evitar pensar que había una intención explícita de impedir el acceso a la república de las letras.

Hace poco me encontré con una vieja amiga que me preguntó si estaba escribiendo. “Escribo mucho”, le contesté, “todo el tiempo estoy escribiendo”. “Pero ¿libros?”. Libros,

no. Nunca he escrito libros. “Editora, traductora y crítica literaria”, dice inevitablemente el párrafo que producen las oficinas de comunicación cuando les toca. A veces añaden que soy docente e investigadora; nunca, que soy escritora. Yo tampoco me defino a mí misma como escritora. Quizás porque nunca logré sacudirme el síndrome de impostora que nos aqueja a tantas. Quizás porque creo, como Ulises Carrión, que uno no escribe libros sino textos. Quizás porque el campo literario está cambiando tanto y a tal velocidad que no tendrá mucho sentido seguir peleando por un espacio para las mujeres si perdemos la lucha por el arte.

Referencias

- ¹ Russ, J. (2018). *How to Suppress Women's Writing*, University of Texas Press, Kindle Edition, Traducción personal de Margarita Valencia.
- ² Lyons, M. (2016). *La cultura de la escritura de la gente común en Europa, c. 1860-1920*, Ampersand, p. 91.
- ³ Montserrat Ordóñez, M, Alzate, C., Osorio, B. y Restrepo, B. (eds. y comps.) (2014). *La escritura, ese lugar que me acompaña*, Universidad de los Andes, p. 91.
- ^{4,5,6} Lejeune, P. (2009). *On Diary*. Jeremy D Popokin & Julie Rak (Eds.). University of Hawai'i Press, p. 62.
- ⁷ Electa Arenal, E, y Schlau, S. (1989). *Untold Sisters: Hispanic Nuns in Their Own Works*, University of New Mexico Press.
- ⁸ Ludmer, J. (1983). Las tretas del débil en González, P. y González, E. (eds.). *La sartén por el mango*, Ediciones Huracán.
- ⁹ Holguín y Caro, M. (1942). *Los Caro en Colombia, de 1774 a 1925: su fe, su patriotismo, su amor / papeles de familia ordenados por Margarita Holguín y Caro*, Editorial Antena.

Margarita Valencia es escritora, editora, traductora, crítica literaria, investigadora y docente. Ha publicado los libros *Un rebaño de elefantes* y *Palabras desencadenadas*, además de varios libros en colaboración.